



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

EL DUQUE DE RIPPERDÁ SEGÚN ANTONIO FERRER DEL RÍO: UN INTENTO OLVIDADO DE NACIONALIZACIÓN

Alfonso CALDERÓN ARGELICH
(Universitat de Lleida)

<https://orcid.org/0000-0002-1070-7419>

Recibido: 02-09-2020 / Revisado: 28-04-2021

Aceptado: 28-04-2021 / Publicado: 18-12-2021

RESUMEN: El crítico literario e historiador Antonio Ferrer del Río (1814-1872) publicó una única novela: *De patria en patria* (1861), una dramatización de la huida del duque de Ripperdá por Europa y Marruecos tras su escandaloso cese como secretario de Estado de Felipe V. La trama está basada en el relato biográfico escrito por Salvador José Mañer en 1740, pero Ferrer del Río introdujo importantes cambios que transformaron este aventurero dieciochesco en un héroe romántico. En este artículo se estudian los recursos literarios orientalistas y cervantinos que permitieron reacomodar este personaje histórico al relato nacional propio del liberalismo moderado.

PALABRAS CLAVE: Nacionalismo, novela histórica, historiografía, Ripperdá, Ferrer del Río, Salvador José Mañer.

THE DUKE OF RIPPERDÁ AS SEEN BY ANTONIO FERRER DEL RÍO: A FORGOTTEN ATTEMPT AT NATIONALIZATION

ABSTRACT: The literary critic and historian Antonio Ferrer del Río (1814-1872) published a single novel: *De patria en patria* (1861), a dramatization of the Duke of Ripperdá flight through Europe and Morocco after his infamous dismissal as Secretary of State of Philipp V of Spain. The plot is based on the biographical account written by Salvador José Mañer in 1740. Ferrer del Río made significant changes that transformed this eighteenth-century adventurer into a romantic hero. This article studies the orientalist and Cervantine literary resources that allowed to fit this historical character into the national narrative of Spanish liberal conservatism.

KEYWORDS: Nationalism, historical novel, historiography, Ripperdá, Ferrer del Río, Salvador José Mañer.

I. INTRODUCCIÓN: NOVELA HISTÓRICA E HISTORIOGRAFÍA EN EL XIX

La quiebra de las estructuras sociales del Antiguo Régimen a finales del siglo XVIII precipitó una crisis del «régimen de historicidad», en la medida en que planteó un nuevo horizonte de futuro y una revaluación del pasado (Hartog, 2007; Fernández Sebastián, 2008). El auge de esta «cultura histórica» —expresada a través de narrativas, imágenes y otras *performances* simbólicas— fue un elemento sustancial de las transformaciones revolucionarias europeas al influir en los marcos sociales de la memoria de los sujetos (Connerton, 1989: 14). Esta «cultura histórica» hubo de ser también una «cultura nacional», desde el momento en que contribuyó a la creación de una mitología capaz de articular esas nuevas «comunidades imaginadas» en que consistían las naciones (Grever y Adriaansen, 2017; Peiró, 2017).

Conocer e imaginar el pasado fueron las dos caras de la «historización» de la cultura en respuesta a las transformaciones vividas entre 1789 y 1848 (Bann, 1995). De este modo, cabe entender el auge simultáneo de la novela histórica como género literario y la historiografía como disciplina intelectual, a pesar de la separación epistemológica que hoy establecemos entre ellas. Ambas consolidaron su identidad en este período a partir de interconexiones que venían desarrollándose desde el siglo XVIII. Por un lado, el deseo de los novelistas por transmitir mayor verosimilitud condujo a que adornasen sus ficciones con apelaciones a la realidad de lo narrado (Gallagher, 2006: 340; Maxwell, 2009: 11-59). Por otro lado, los historiadores hubieron de integrar las exigencias de la crítica histórica ilustrada con la vocación de ofrecer un relato secuencial que consiguiera cautivar retóricamente al público lector (White, 1992: 142; Leersen, 2010: 237-238).

De este modo, «the historical novel became intertwined with a newly emerging discipline rather than developing as an offshoot of the literary novel» (De Groot, 2010: 34). Los diversos «hombres de letras» de estos años, consagrados como voces autorizadas en la emergente esfera pública de opinión y fogueados en la retórica parlamentaria, usaron con frecuencia ambos formatos para socializar esta nueva conciencia del pasado, junto con la poesía y el teatro (Charle, 2000; Álvarez Barrientos, 2004; Peña, 2014). La narración fue un dispositivo esencial, tratase esta de hechos verdaderos o ficticios, al permitir popularizar ante la ciudadanía los nuevos sujetos nacionales (Berger, Eriksonas y Mycock, 2008; Berger, Lorenz y Melman, 2012).

La novela histórica como objeto cultural goza de una frondosa tradición de estudio entre los críticos literarios, como mínimo desde el clásico libro de Georg Lukács de 1937, en que aparece como la expresión por antonomasia de la conciencia burguesa. Su importancia ha sido también destacada en España, pudiendo ser considerada como el aspecto mejor estudiado de la prosa narrativa de la primera mitad del XIX (Romero Tobar, 1994: 375). Los trabajos de Iris Zavala (1971), Juan Ignacio Ferreras (1976) o Russell P. Sebold (2002) sentaron las bases para comprender el auge de este género en el marco general del Romanticismo, tomando en cuenta la herencia de formas neoclásicas, la influencia de autores extranjeros, la pervivencia de modelos cervantinos de narrar, las tensiones ideológicas inherentes a la representación de eventos históricos polémicos y el condicionamiento material impuesto por los ritmos de producción folletinescos.

Sin embargo, esto no ha implicado el agotamiento de este tipo de textos ya que aún quedan aspectos por explorar, como concluyen las síntesis recientes que recogen el impacto que el giro lingüístico ha tenido en esta área de estudio (Fernández Prieto, 2003; De Groot, 2010; Hamnet, 2015). Las novelas han sido incorporadas al corpus documental de los estudios sobre procesos de nacionalización y génesis de las culturas políticas, al ponerse de manifiesto la relevancia de la narrativa como ordenador de las diversas

experiencias de nación vividas por los ciudadanos (Anderson, 1993: 48; Moretti, 1998: 20; Bhabha, 2010: 386). En España, la inclusión de este tipo de textos en estas áreas ha iluminado aspectos que estaban pendientes de una aproximación sistemática, si bien con un énfasis mayor en la novela posterior a la década de 1870, con los *Episodios nacionales* de Galdós como síntesis de la percepción popular del pasado nacional en la Restauración (Suárez Cortina, 2006; Archilés 2008; Sánchez García, 2008; Andreu Miralles, 2016, 2017; González Herrán et al., 2017; Dorca, 2018).

No han faltado en la última década los llamados a que los historiadores presten atención a la novela como instrumento cognitivo para mejorar la comprensión global del pasado (Burdíel y Serna, 1996; Canal, 2015). Nuestro análisis recoge estas sugerencias para adentrarnos en un análisis que pretende tomar la novela como un elemento más para comprender los procesos de construcción de esa «cultura nacional», en los que la imaginación literaria tuvo un papel importante, incluso superando o cuestionando las mismas exigencias de la modernidad (Torrecilla, 1996; Iarocci, 2006; Valis, 2010).

2. *DE PATRIA EN PATRIA*: UNA NOVELA DESCONOCIDA

El caso que aquí quiero abordar es el de la novela *De patria en patria* (1861) del crítico literario e historiador Antonio Ferrer del Río, protagonizada por Johan Willem Ripperdá (1680-1737), efímero secretario de Estado bajo el reinado de Felipe V. A diferencia de los trabajos historiográficos de Ferrer del Río, esta novela es una obra completamente olvidada y desconocida. Fue impresa en París en la editorial de Rousa y Bouret, especializada en la exportación de libros destinados al mercado hispanoamericano (Fischer Hubert, 1994: 491). No hemos encontrado críticas contemporáneas y el único comentario que hemos localizado es que «no alcanzó excesiva popularidad» (Baasner, 2007: 358). A pesar de este olvido, esta narración ofrece elementos de mucho interés para examinar la problemática relación entre historiografía y literatura en el siglo XIX y las tensiones propias de la construcción de las identidades nacionales.¹

Es sabido que la situación temporal predilecta de las novelas históricas españolas fue la Edad Media y los siglos de la monarquía de los Habsburgo, preferencia que también se hace notar en los trabajos historiográficos. Ante ambas épocas podían asumirse tanto posturas nostálgicas que las percibían como una época dorada perdida, como perspectivas críticas al identificarse con regímenes despóticos. El éxito de público y crítica de las novelas de Walter Scott implicó la popularización de imitaciones del mundo medieval y caballeresco imaginado por el escritor escocés con resultados dispares (Flitter, 2006: 8-38).

Por el contrario, el siglo XVIII fue poco frecuentado por la ficción española del XIX, algo que por otro lado es esperable desde el momento en que el mismo Romanticismo puede verse en buena medida como una reacción contra los ideales de la Ilustración. Algunas muestras como *El golpe en vago* (1835) de José García de Villalta lo hicieron con una cierta ambigüedad que permitía jugar las cartas tanto de la novela de «costumbres» contemporánea como la de ambientación histórica, abriendo la posibilidad de un comentario crítico sobre el presente (Laplana, 2012: 140). Del mismo año es el drama *Don Álvaro o la fuerza del sino* del duque de Rivas, cuya ambientación desdibujada en ese siglo ha intrigado a los críticos, quienes la han podido interpretar como una alusión a la pérdida de las colonias americanas (Iarocci, 2006: 134). De todos modos, los escasos novelistas decimonónicos que optaron por situar sus obras en el Setecientos español acostumbraron

¹ Ferreras sí la incluye en su catálogo (1979: 156) pero no la cita en su ya clásico panorama de la novela histórica entre 1830-1870 (1976).

a elegir como telón de fondo la Guerra de Sucesión o el motín de Esquilache, eventos que permitían contraponer los valores castizos ante invasores o innovadores extranjeros (Randolph, 1971; Álvarez Barrientos, 2009).

De patria en patria narra la fuga de Ripperdá por Europa y Marruecos tras su caída en desgracia. La elección de la estancia africana de este personaje como materia novelable resulta inseparable de contexto de la Guerra de África de 1859-1860. Esta campaña produjo una oleada de patriotismo español en torno al cual se desplegaron discursos de talante imperialista y colonialista, en los que se quiso enfatizar la misión civilizadora de la intervención militar española. La operación fue aprovechada como una oportunidad propagandística para reforzar el carisma de Isabel II y aumentar el prestigio del gobierno de la Unión Liberal de O'Donnell (Lecuyer, Serrano, 1976; Álvarez Junco, 2001: 509-524; Blanco, 2012: 27-47). Digamos de paso que la literatura y la historiografía jugaron también un rol central en la socialización y articulación intelectual de diversas representaciones de la guerra, con la obra de Pedro Antonio de Alarcón como gran éxito de reporterismo con alcance literario (González Alcantud y Lorente Rivas, 2004). De hecho, el mismo Ferrer del Río colaboró en la iniciativa de Mariano Roca de Togores de publicar un *Romancero de la Guerra de África*, dedicado a la reina Isabel II, con un poema bélico en que celebra la victoria de los «caudillos» españoles en Tetuán contra la «morisma» (Ferrer del Río, 1860: 227). El imaginario orientalista explotado en la novela nos ofrece la oportunidad de abordar la «formación de actitudes, referencias y experiencias imperiales» (Said, 1996: 13). Precisamente, la elaboración de fantasías coloniales como parte de la legitimación de las identidades nacionales es un factor que ha merecido varios estudios recientes, en los que se ha cuestionado la idea de que el nacionalismo liberal español había quedado al margen de las tendencias imperialistas (Schmidt-Nowara, 2008; Archilés, 2012).

La elección de situar como protagonista a un personaje tan oscuro historiográficamente como Ripperdá también resulta una rareza digna de reseñar. La España de los primeros Borbones no ofreció a la generación romántica personajes que pudieran incluirse fácilmente en el imaginario nacional que pretendieron construir. Las *Vidas de Españoles célebres* (1807) de Manuel José Quintana no incluyeron ninguno de esta época. Felipe V y Fernando VI no parecen complacer a nadie y si bien el reinado de Carlos III cuenta con una aceptación positiva unánime, el carácter rutinario del monarca no le hizo objeto de caracterizaciones épicas. Los personajes predilectos fueron sobre todo aquellos hombres de cultura vinculados al reformismo ilustrado. De ellos, fue Jovellanos quien pudo llegar a ser considerado un héroe para el liberalismo gaditano, aunque el moderantismo más escorado a la derecha acabaría apropiándose de su figura en la segunda mitad del XIX al identificarlo con la defensa de la aristocracia, la propiedad y la ortodoxia católica (Fernández Sarasola, 2011: 215-249). Feijoo también fue una figura problemática, ya que su criticismo podía verse como potencialmente corrosivo (La Fuente, 1863). Otros como Melchor de Macanaz o Pablo de Olavide tuvieron una presencia menos visible al haberse enemistado con la Iglesia, siendo reivindicados puntualmente como víctimas de la intolerancia inquisitorial por sus ideas reformadoras. Todo parece indicar que el contexto revolucionario del XIX dificultó la canonización de estos intelectuales al sobrevolar continuamente la sospecha de su «afrancesamiento» o «filosofismo».

Los políticos al servicio de la monarquía tampoco gozaron de una consideración especialmente positiva. La primera mitad del XVIII estuvo marcada por la presencia de políticos franceses, lo que remitía a la idea de una humillante tutela ejercida por la Francia del Rey Sol. La continuada presencia de ministros extranjeros como Giulio Alberoni, Bernardo Ward, José Grimaldi, Ricardo Wall, el marqués de Esquilache o el propio Ripperdá alimentó la percepción de una corte gobernada por arribistas poco comprometidos

con el bienestar nacional. No fue hasta después de la experiencia de la Guerra Civil cuando Antonio Buero Vallejo reivindicó a Esquilache como un modernizador incomprendido en *Un soñador para un pueblo* (1958). Los políticos españoles como Ensenada o Patiño tuvieron finales abruptos al perder el favor real y recibieron una rehabilitación muy tardía, sin llegar a ser excesivamente populares. El conde de Aranda o Floridablanca fueron duramente enjuiciados por su desempeño posterior en el reinado de Carlos IV, vergonzante para la opinión liberal. Finalmente, el ascenso de Manuel Godoy y la definitiva usurpación napoleónica evidenció el vaciamiento de la soberanía nacional española (Calvo Maturana, 2007; García Cárcel, 2007: 25-39).

La trayectoria política de Ripperdá resulta la del arribista por antonomasia. Nacido en la provincia de Groninga (Holanda), la historiografía tradicionalmente ha aceptado que se crió en el seno de una familia católica pero que se habría convertido al calvinismo para poder ascender en la sociedad holandesa. Tras haber servido como delegado de las Provincias Unidas en las negociaciones que precedieron al tratado de Utrecht, optó por convertirse nuevamente al catolicismo al instalarse en España como superintendente de las manufacturas reales de Guadalajara. Sus habilidades como negociador y financiero le permitieron erigirse como representante de Felipe V ante el emperador Carlos VI en Viena, consiguiendo en 1725 la firma del tratado que por fin establecía la paz hispano-austríaca. A pesar de esta fulgurante victoria que le condujo ser nombrado secretario de Estado y grande de España, la reacción franco-inglesa y las costosas concesiones que los acuerdos arreglados a última hora requerían a la parte española condujeron a su destitución. Tras intentar refugiarse en la embajada de Inglaterra, fue encarcelado en el Alcázar de Segovia.²

Aquí termina el papel de este personaje en la historia de las relaciones exteriores españolas. Lo que sigue pertenece ya a un territorio en que lo anecdótico se mezcla con lo incierto. Tras fugarse, huyó a Portugal, luego a Londres y Ámsterdam, para recabar finalmente en Marruecos, donde murió en 1737. Los testimonios contemporáneos resultan poco claros. Las gacetas y correspondencias diplomáticas efectivamente hacen mención a su presencia y muerte en Tetuán, pero todos dudan acerca de la misión que allí desempeñó. La mayoría de las fuentes posteriores han bebido de una misma fuente: la *Vie du Duc de Ripperda* (1739) del médico y erudito Pierre Massuet, en la que sostiene que se convirtió al islam bajo el nombre de Osman-Pachá y que acabó dirigiendo a las tropas marroquíes en el asedio español a la plaza de Orán de 1732.

El relato biográfico de Massuet, salpicado de supuestas cartas y documentos, fue traducido al inglés, holandés y castellano. La edición española fue realizada en 1740 por Salvador José Mañer, propagandista de pasado austracista, en la que introdujo importantes alteraciones que corrigen las «historietas fingidas, cuentos quiméricos, falsedades capitales, controversias de Religión sembradas de herejías y traídas sin venir al caso» de la versión francesa, negando su conversión y servicio al sultán marroquí (Mañer, 1796: s. n.).³ No entraremos en este artículo a contrastar las diferentes versiones de los hechos consignadas en las diversas traducciones dieciochescas de las biografías, ya que esto nos obligaría a un cotejo fatigoso y a ocuparnos de la batalla de propaganda en torno a la política exterior del reinado de Felipe V, dimensión sobre la que ha llamado la atención

² Si bien la biografía más completa y documentada de Ripperdá está en holandés (Veen, 2007), la mejor introducción a los problemas historiográficos que plantea el personaje los proporciona Rosa María Alabrús (2007).

³ Hay dos ediciones del texto de Mañer. La primera apareció en dos volúmenes en octavo como *Vida del duque de Ripperdá* firmada por el pseudónimo de Mr. Le-Margne (Mañer, 1740). La segunda edición es un único volumen en cuarto que suprime las censuras y licencias, cambia el formato de las anotaciones, pero no altera el texto (Mañer, 1796).

oportunamente Rosa María Alabrús (2007: 289). La historiografía española escrita en el Setecientos recogió los testimonios contrapuestos sin preocuparse por esclarecerlos.⁴ Desde entonces, la mera mención a Ripperdá ha venido casi siempre acompañada de un recordatorio del carácter «novelesco» o «romancesco» de su vida.⁵

La ausencia de biografías documentadas hasta la década de 1890 implicó su consagración como aventurero de dudosas intenciones. Para Alcalá Galiano, su fuga es la «prueba de la ligereza con que el gobierno español daba el primer puesto del Estado a advenedizos extranjeros» (Alcalá Galiano, 1845: 243). Modesto Lafuente en su *Historia General de España* hace un retrato muy poco halagador del «funesto» Ripperdá: embarazó a España en un tratado imposible con Austria, «profesó todas las religiones sin creer en ninguna» y fue «confidente y espía de tres naciones a un tiempo». En definitiva, el ministro «más imprudente, ligero y voluble que ha venido al mundo», un «loco» y un «apóstata» (Lafuente, 1857: 450-458). En resumen, Ripperdá cargaría con los estigmas de impostor, aventurero y el de un posible traidor a la patria y la religión.

La novelización de Ferrer del Río tiene interés si recordamos el conjunto de la obra de este periodista, crítico literario e historiador madrileño en el contexto de los debates en torno a las percepciones sobre la novela previos al auge del realismo que representa Galdós a partir de la década de 1870. Esta obra llegaba cuando el propio modelo estético de la novela romántica estaba dando señales de agotamiento. Si en la década de 1830 se escribieron romances históricos que dramatizaban la lucha entre libertad y despotismo en el marco general de la eclosión historicista europea, al principiar la década de 1860 el género se había convertido en una convención formularia. Siguiendo la clasificación de Ferreras, nos encontraríamos ya en la fase de «novela histórica de aventuras» en que la historia se había estilizado hasta convertirse en una mera excusa para situar una trama folletinesca, con Manuel Fernández y González como representante (Ferreras, 1976: 101). Además, en el panorama de la literatura europea, la década de 1860 se abrió con dos novelas históricas como *Romola* de George Eliot y *Salambó* de Gustave Flaubert, que pusieron de manifiesto la voluntad de ir más allá del realismo y de aventurarse hacia una mayor introspección psicológica y experimentación formal (Hamnet, 2015: 182-184).

Lukács no dudó en ver esta estilización como la consecuencia cultural de la actitud conservadora de una burguesía decadente tras la sacudida de 1848 (Lúkacs, 1966: 221). Ciertamente, el Romanticismo español entró en una etapa de mayor conservadurismo a partir de la década de 1850, aunque nunca desaparecieron del todo los dramas y romances históricos de tono progresista. Cabe tener en cuenta que la conciencia al respecto de las implicaciones sociales de la lectura de novelas era lo suficientemente aguda como para despertar apasionadas discusiones entre los intelectuales españoles de la época, como se evidencia en la postura contraria al realismo de tono social por sus potenciales efectos corruptores de la moral como afirmaban escritores de tendencia neocatólica y tradicional como Cándido Nocedal y Cecilia Böhl de Faber (Mínguez Blasco, 2017).

⁴ Así lo encontramos en la *Historia civil de España* de Belando: «sin hallar sosiego en parte alguna se fue después a formar proyectos al mencionado Rey de Marruecos, para que viniese contra la España, asegurando al mismo tiempo, que la Plaza de Ceuta la ganaría en el término de seis meses (...) perdió los honores, y con poca felicidad la vida entre los Moros» (Belando, 1744: 555-556). Otra mención se encuentra en la continuación de las *Memorias* del Marqués de San Felipe, redactadas por José del Campo-Raso: «La ambición, junto a una vana esperanza de venganza, lo arrastró después a dejarla por segunda vez y hacerse Mahometano. Así puso el Duque de Ripperdá el cúmulo a sus desgracias, y al desprecio, que tan extraña ceguedad le atrajo. Por último murió Católico Romano (Religión de Sus Padres) en la Ciudad de Tetuán» (Campo Raso, 1756: 170-171).

⁵ La censura de Antonio María Herrero en la primera edición considera que la biografía «más bien parece una adornada Novela, que una Historia verdadera, y pudiera así decirse a no ser toda la Europa testigo de la verdad de su contenido» (Mañer, 1740: s. n.).

La apuesta ficcional de Ferrer del Río nos conduce al corazón de los problemas que planteaba esta polémica, agudizada tras el fallido Bienio Progresista. Las reticencias hacia el realismo social se aprecian de modo bastante explícito en su rechazo al «cúmulo de inverosimilitudes, salpicado de doctrinas repugnantes» que para él constituía *Los miserables* de Víctor Hugo.⁶ Además, *De patria en patria* apareció cuando su autor ejercía como censor de teatros, cargo que ostentaba desde su creación en 1857 cuando vino a reemplazar la Junta de Censura, por lo que todas las obras estrenadas en España en ese período pasaron por las manos del historiador madrileño, quien no dudó en prohibir numerosas representaciones (Gies, 2005: 20-21; Salgues, 2010: 153-155). La prensa progresista no escatimó las críticas a su excesivo rigor al considerar que, junto con el fiscal de imprenta, prohibían «todo cuanto a su escrupulosísimo criterio parece algo menos neo-católico de lo preceptuado por sus jefes».⁷

Sin embargo, Ferrer del Río aprovechó esos años para dar rienda suelta a su creatividad: entre su fecha de nombramiento como censor hasta su destitución en 1864, se constata la publicación de obras de teatro con trasfondo histórico como *La senda de espinas* (1859), ambientada en el reinado de Pedro I de Castilla, cuentos por entregas en *El Museo de las Familias* e incluso una zarzuela orquestada por Francisco Asenjo Barbieri (*Los herederos*, estrenada en 1862). La obra que aquí analizamos fue la única novela que dejó finalizada, pero tenemos testimonios que apuntan a que estuvo trabajando en otra obra de ficción, protagonizada por Diego Duque de Estrada (1598-1647), un aventurero del Siglo de Oro (Escosura, 1875: 19-20).

Nos encontramos, pues, ante la figura de un censor creativo, quien parece haber aprovechado su plaza de prescriptor para lanzar al vuelo algunas propuestas ficcionales. ¿Qué alternativa estética proponía? Sin duda, la construcción de un imaginario histórico nacional fue una obsesión constante, como se desprende a lo largo de su obra. A diferencia de otros contemporáneos suyos como Cánovas del Castillo o Joan Cortada, quienes empezaron su carrera con imitaciones de Walter Scott más o menos conseguidas, las primeras publicaciones de Ferrer del Río fueron escenas costumbristas en el *Semanario Pintoresco* y trabajos de periodismo literario como la *Galería de la literatura española* (1846). Tras obtener su cargo como oficial y bibliotecario en el Ministerio de Fomento, viajó varias veces a Simancas para dedicarse con constancia a investigaciones historiográficas como su conocida *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla* (1850).

Uno de los temas sobre los que he tenido la oportunidad de indagar en el marco de mis recientes investigaciones ha sido el de las implicaciones políticas subyacentes a su *Historia del reinado de Carlos III* (1856), proyecto al que pudo dedicarse gracias a una pensión concedida por la Casa Real entre 1852 y 1854. Una revisión a fondo de esta obra y de su correspondencia con la saga de archiveros catalanes Bofarull permite descartar la etiqueta de «progresista» que le adjudicó Menéndez y Pelayo. De este modo, emerge el perfil de un historiador vocacional de talante moderado, simpatizante de la Unión Liberal, que pretendió rescatar el reformismo ilustrado del XVIII como parte de los esfuerzos del liberalismo isabelino de «inventar» una tradición que permitiera conjugar orden y progreso. Tal empresa conllevó no pocas tensiones y decepciones, como se desprende de las duras críticas que recibió por parte de la prensa y la intelectualidad «neocatólica» y también por su acercamiento pragmático a los progresistas tras la Revolución de 1868.

⁶ *La Correspondencia de España*, 6 de junio de 1862.

⁷ *El Clamor Público*, 7 de marzo de 1862.

3. ELEMENTOS INTERTEXTUALES: MAÑER REESCRITO POR FERRER DEL RÍO

El rasgo fundamental que distingue la novela histórica de los demás géneros es la situación temporal y espacial de la diégesis en un pasado histórico concreto (Fernández Prieto, 2003: 194). En *De patria en patria*, el narrador se ocupa de recordar en varias ocasiones que la trama que se nos presenta «bajo la forma de novela» debe su mérito a estar «calcada de la historia» (Ferrer del Río, 1861: 16, 126). Sin embargo, en esta obra la garantía de verdad de los hechos referidos se argumentaba por su fidelidad a una fuente histórica: la biografía dieciochesca de Mañer, a la cual el autor de la novela asegura haberse «ajustado escrupulosamente en todo lo esencial» (Ferrer del Río, 1861: 322). De este modo, si bien podemos decir que toda obra de ficción es intertextual al quedar insertada en la red de significados que componen una cultura, la peculiaridad de la novela que aquí nos ocupa es su filiación directa con un texto original.

Ahora bien, tras una lectura cotejada de ambos libros se constata la presencia de varios elementos narrativos y temáticos novedosos en la novela de Ferrer del Río que no aparecen en la biografía de Mañer, aunque efectivamente se sigan los acontecimientos y personajes nombrados por este. Lo que en apariencia promete ser una biografía novelada se revela más bien como una ficción desacomplejada, en la que el historiador madrileño se ha tomado bastantes libertades. Desde luego, no faltaron voces críticas respecto a esta mezcla entre hechos ficticios y verdaderos propia de la novela histórica, a medida que aumentaba la exigencia de verismo para las novelas y de mayor científicidad para la historiografía (Hamnet, 2015: 176). De todos modos, la representación novelística de la realidad en el romanticismo del temprano XIX implicaba una toma de posición moral respecto a los personajes (Pavel, 2005: 205), lo que en este caso conduce a la alteración de las dimensiones más problemáticas del personaje histórico de Ripperdá.

Sin duda, narrar la vida de este diplomático dieciochesco planteaba una dificultad de entrada como era que el conocimiento sobre su vida reposaba sobre bases inciertas. La concurrencia de varias versiones contrapuestas, la ausencia de documentación fehaciente a la que apelar y su percepción generalizada entre los historiadores como un personaje «novelesco» posiblemente fueron elementos que condujeron a Ferrer del Río a optar por una novelización antes que por la escritura biográfica, género en desarrollo que todavía era muy ambiguo metodológicamente (Burdíel, 2000: 27).

En este estudio nos hemos propuesto indagar en los motivos detrás de esta adaptación literaria. Para ello, nos vemos obligados primero a indicar cuáles son las alteraciones que separan la trama de Ferrer del Río de la relación de hechos presentada por Mañer. En segundo lugar, procederemos a reseñar las estrategias narrativas de la novela como paso previo a la elucidación del significado global que cobra la vida del duque.

3.1 *De relato biográfico a trama novelesca*

A diferencia de lo habitual en las novelas históricas de la década de 1830, no hay trampantojos literarios que apelen a un manuscrito perdido o a un prólogo en que se nos aleccione sobre las circunstancias de la época en la que se inserta la acción. La novela arranca presentándonos su propia necesidad con la descripción de una vista de Madrid desde la ribera del Manzanares en plena fiesta de San Isidro, para fijarse en un carruaje que sale del Palacio Real llevando apresado al duque de Ripperdá. Esta escena da pie a unas digresiones históricas que nos describen brevemente los antecedentes del personaje y que nos conducen al segundo capítulo, donde confluye la trama con los hechos descritos por Mañer a partir de la descripción de la celda en que se encuentra recluido el duque y

su criado, el francés Antonio Dupré, como si se abriera el telón de un escenario teatral. En la novela, este sirviente asume un importante rol dramático al desempeñar el papel de *sidekick* o colega subordinado al protagonista, quien le sigue a todas partes y ejerce como consejero y voz de la prudencia ante los arrebatos emocionales de este.

En ambos textos, Ripperdá recibe las visitas de Josefa Ramos, la hija del alcaide, de quien se acaba enamorando. Junto con Dupré y un soldado de la fortaleza llamado Andrés Martín Pérez, planifican la fuga del Alcázar. Todos huyen escalonadamente y se van reencontrando primero en Londres y luego en Ámsterdam, donde se van reuniendo con otros personajes conocidos del duque: el paje Manrique, el caballero Jacobo Van den Bos, y José Ortiz, un supuesto familiar de Josefa. Si respecto a este último Mañer no deja del todo claro si era un impostor con intenciones poco honestas, Ferrer del Río directamente lo convierte en un villano. Al lector se le revela que es un bandido y antiguo pretendiente que obsesivamente ha seguido a Josefa hasta conseguir ingresar en el domicilio del duque mediante el chantaje y la amenaza con el objetivo de casarse con ella y apropiarse del patrimonio de Ripperdá. El paje Manrique descubre al impostor y junto a Dupré le retan a duelo. Tras acabar con la vida del falso Ortiz arrojan las pistolas al lado de su cadáver para que parezca un suicidio (Ferrer del Río, 1861, 105-126, 133-144).⁸

A lo largo de esta travesía por Europa, el duque sufre los sinsabores del destierro al sentirse despreciado por los soberanos españoles, quienes se niegan a permitir su retorno. Finalmente, animado por las sugerencias de un almirante moro, Ripperdá y su amante parten para Marruecos, acompañados de todo su séquito. Allí se instalan en Tetuán, donde son bien recibidos con mucha pompa por el sultán Muley Abdalá, lo que le da esperanzas de medrar en su serrallo e influir en los asuntos políticos y económicos. Desgraciadamente, Josefa enferma, por lo que decide regresar a Ámsterdam, donde muere dejando a Ripperdá desolado en tierra extraña.

Las aventuras africanas ocupan la segunda mitad de la novela, si bien Mañer les dedica una proporción mucho menor. Ambos narradores nos explican que Ripperdá rápidamente se vio enmarañado en una conspiración urdida por la Sultana Madre contra las ambiciones de su hijo, lo que implicaba levantar a sus hermanos príncipes contra él para proceder a repartirse el reino de Marruecos. Sin embargo, en la preparación de este complot Ripperdá enferma. Un doctor italiano de nombre Buongiorno cuida de él y entonces le presenta a su amigo Theodor von Neuhoff, otro aventurero verídico que encabezó una rebelión de los corsos contra los genoveses, llegando a ser proclamado efímero rey de Córcega en 1736.⁹ Ripperdá se entusiasma con la posibilidad de aprovechar esta insurrección para desestabilizar el dominio de Muley Abdalá, pero el fracaso de la revuelta y la oposición de la Sultana Madre a que Ripperdá reemplace el fallido liderazgo de Neuhoff le certifican la imposibilidad de escapar de Marruecos.

La principal divergencia entre Mañer y Ferrer del Río se da a partir de la caracterización e intenciones de la Sultana Madre y las consecuencias que tienen en el protagonista.¹⁰ Si en el texto del primero apenas se insinúa que entre ella y Ripperdá hubo algo de «amores ilícitos» (Mañer, 1796: 367), esta suposición da pie en la novela a un enamoramiento

⁸ Por su parte Mañer solo nos indica que Ortiz regresó a España después de que partieran de Holanda. (Mañer, 1796: 361).

⁹ Hay abundante historiografía sobre el rol de Neuhoff en esta revuelta (Verge-Franchesci, 2003; Gasper, 2012). Téngase en cuenta que tras la huida de este aventurero, en 1755 Pasquale Paoli proclamó Córcega como república independiente hasta la invasión francesa de 1768.

¹⁰ El personaje histórico real parece estar basado en Lalla Khnata bint Bakka, quien efectivamente ejerció de poder fáctico en Marruecos durante el período turbulento que se abrió tras la muerte del sultán Ismail en 1727 hasta principios de la década de 1740 (Rhorchi, 2013). En algunos autores españoles del XIX, la Sultana Madre aparece con el nombre de Leila-Yanet o el-Horra Jamáta (Cánovas del Castillo, 1860: 128; Castellanos, 1898: 466).

violento y amenazante de la sultana hacia el duque con desenlace trágico. En la novela, recibe el nombre de Zulima y se convierte en una auténtica *femme fatale* sanguinaria que hace prisionero de su lascivia a Ripperdá. Así pues, los celos posesivos de una mujer se revelan como la causa última que impidió al holandés erigirse como libertador de los corsos (Ferrer del Río, 1861: 249-253). La sultana, tanto en la novela como en la biografía, muere envenenada, pero las causas son diferentes. En Mañer, el asesinato lo realizan esclavos a sueldo de uno de sus hijos (1796: 427-429). En Ferrer del Río, esta intriga política marroquina es disminuida en favor de un enredo amoroso: Zulima cree beber un elixir de amor al ser engañada por una pareja de sus esclavos que la odian por haberles impedido que se amen libremente (1861: 275-278).

En el último tramo de la novela, cuando se confirma que Ripperdá nunca abandonará Marruecos, se incluye una escena ficcional situada en Marsella en que se reencuentran todos los personajes que han servido al duque para elogiar su memoria. El desenlace de la novela se mantiene fiel al proporcionado por Mañer: Ripperdá cree haber quedado libre al morir la sultana, pero pronto descubre que le vigilan y le impiden marcharse a su Holanda natal, bajo el pretexto de que pueda fomentar rebeliones y revelar secretos a otras potencias. Tras solicitar infructuosamente la presencia de un misionero católico con quien había trabado amistad, muere en la más profunda soledad en Tetuán en 1737, arrepentido y desengañado.

3.2 Elementos narrativos

De patria en patria cumple los parámetros estructurales y las técnicas narrativas comunes a las novelas históricas del Romanticismo (Mata Indurain, 1995). Ferrer del Río actúa como un narrador omnisciente que juega con las expectativas del lector acostumbrado a dramas históricos situados en la era de los Austrias al decirnos que «no se ve ya el vestigio más remoto de golillas» ni de «gorgueras» sino que se avistan «sombrosos gachos», «peluquines», «capas largas», «calzones cortos» y «empolvadas las cabezas». (Ferrer del Río, 1861: 5-13). Ahí empieza entonces la primera de las digresiones mediante las cuales aprovecha para aleccionar sobre el contexto de la época o lamentar la dependencia que los escritores españoles tienen respecto a las modas literarias francesas. Tampoco duda en comentar sus propias vacilaciones ante el modo correcto de describir un paisaje o narrar la acción, fragmentos en los que se advierte una conciencia transparente de la artificialidad del ejercicio novelístico.

La trama sigue los escenarios y personajes planteados originalmente por Mañer, pero llena de amores intensos, huidas imprevistas, anhelos de libertad, venganzas, máscaras, disfraces, traiciones, trampillas que dan a túneles, grutas secretas y puertas ocultas. En definitiva, todas las herramientas habituales del folletín romántico. (Rubio Cremades, 1982: 274). Es también notable la falta de penetración psicológica a los personajes, ya que estos se comunican a partir de diálogos o soliloquios que parecen apartes, dando una sensación de teatralidad bastante común en la novelística de mediados del XIX, al ser compuesta por autores más versados en la dramaturgia que en los mecanismos de introspección (Penas, 1993; Almela, 2006: 119-122).

Sobre todo, además del abundante uso de estos clichés típicos de la época, lo que más se nota en la obra de Ferrer del Río es la querencia por el exotismo. Este quizás sea el aspecto más llamativo y reseñable, al evidenciar una incorporación del orientalismo que por entonces estaba difundiendo por la cultura europea (Litvak, 1985; Pacheco, 1998). Marruecos aparece como un espacio lleno de sorpresas y contrastes, en el que nada es lo que parece. La exageración entre los sexos es clara, constituyendo una muestra de la

relevancia que los roles de género y la carga erótica tuvieron en la imagen que Occidente elaboró en el Oriente (Said, 2003: 252; McClintock, 1995: 5-6; Yeğenoğlu, 1998: 1-2). Los hombres marroquíes son violentos, traicioneros y notablemente feos. El duque, lamentando su mala fortuna, recuerda que «por mucho que alcanzase y mereciese entre moros, siempre saldría con las manos en la cabeza» (Ferrer del Río, 1861: 201). Las descripciones abundan en pequeños detalles que buscan dar una idea de sensualidad exuberante, ante la cual el protagonista demuestra su temple caballeresco. Los esclavos son lujuriosos, los eunucos hacen de sirvientes obedientes y no faltan descripciones sugerentes que enfatizan las delicias de las que se rodeaban los sultanes marroquíes:

Como el duque era muy dado a lozanías desde mozo, y como, a pesar de ya viejo, ninguno de los de su edad le ganaba a lo verde, se le encandilaron los ojos, y se le hizo la boca de miel ante aquellas jóvenes de airoso talle; no sabiendo si preferir la tez de nieve de las de Georgia, o la tez de azabache de las de Abisinia, o la tez morena de las Andaluzas, pues todas le parecieron de bellísimo rostro (Ferrer del Río, 1861: 148-149).

El personaje de Zulema en este aspecto resulta paradigmático de la imagen de la mujer «orientalizada» como villana poseedora de una pasión agresiva y violenta, tal y como sucede en el clímax de la obra cuando alza unas cortinas de seda que revelan los cadáveres del bey de Túnez y de su hermano. La elección del nombre y la propia caracterización del personaje son claros homenajes a los personajes arquetípicos de la literatura de temas exóticos, cuyos antecedentes habría que buscarlos en el XVIII, por ejemplo, en el drama *Zulime* de Voltaire. De todos modos, más al caso sería citar *Los amantes de Teruel* de Juan Eugenio Hartzenbusch, no solo por la amistad que le unió a Ferrer del Río, sino también porque la Zulema de esta obra también es una princesa caracterizada por un amor celoso hacia el hombre de la pareja que da título a la obra (Materna, 1998; Labanyi, 2004; Blackshaw, 2009).

Ferrer del Río también recupera explícitamente el tópico del cautivo en tierra de moros, en el que se manifiesta el temor a la seducción del enemigo (González Alcantud, 2002: 247). El relato del prisionero cristiano del que se aprovecha una mora no deja de ser un homenaje a Cervantes y su mora Zoraida, lo que permite dar unas mayores resonancias trágicas y despejar la sospecha que recaía sobre Ripperdá de renegado y converso (Marín, 2007: 262). Reminiscencias cervantinas, personajes dieciochescos y orientalismo decimonónico convergen en los diálogos en los que el protagonista se muestra apabullado y temeroso ante la agresividad de la sultana.

El desorden sexual fue uno de los tópicos fundamentales que nutrieron el sentimiento de superioridad de la civilización europea sobre lo oriental. Ahora bien, un elemento que caracteriza al orientalismo español es la tensión permanente entre el extrañamiento ante lo moro, percibido como «culmen de atraso y la dejación» (González Alcantud, 2002: 123), y la familiaridad ante unos rasgos que servían de constante recordatorio del propio pasado islámico peninsular (Sánchez-Mejía, 2013: 52). Así, en la novela podemos leer que la geografía y el clima del norte de África se asemejan al de Andalucía, pero acto seguido se nos indica que los poblados marroquíes sólo transmiten soledad y silencio:

Ya resulta allí monotonía insoportable, aun cuando el sol brilla con todos sus resplandores, de no aparecer nunca el bello sexo más que por casualidad y muy de tapujo y con fugaz planta, lo cual naturalmente produce el hastío de una comedia sin término y representada entre hombres solos (Ferrer del Río, 1861: 228-229).

Los poblados andaluces, por el contrario, estarían llenos de vida y bullicio, con los jóvenes que «pelan la pava con sus novias hasta el nuevo día, o las festejan por medio de serenatas» (Ferrer del Río, 1861: 228). La ocultación deliberada de las mujeres de la vida civil y la consiguiente perversión de las «pasiones» era uno de los síntomas de la ausencia de urbanidad, galantería, y sociabilidad que caracterizaría a la barbarie musulmana.

4. LA REINTERPRETACIÓN ROMÁNTICA DE RIPPERDÁ

La reescritura emprendida por Ferrer del Río fue ante todo de naturaleza «architextual», en el sentido de que adaptó un texto a los códigos de otro (Limat-Letellier, 1998). En su caso, adaptó un relato histórico al código de determinaciones temáticas y formales que le adscribían a un género bien establecido entre el público lector de la época: el de la novela histórica de tema orientalista. Como ha indicado Ann Rigney, esta hibridez de ficción y realidad en la novela del XIX fue ante todo una herramienta heurística para superar las dificultades que conllevaba el querer representar el pasado en su totalidad y darle un significado efectivo (Rigney, 2001: 9). Desde este punto de vista, la mezcla de hechos fácticos con ficticios no debe verse tanto como una debilidad del autor, sino más bien como un intento de hacer inteligible este episodio del pasado en la «cultura histórica» de los lectores. En el apartado siguiente abordaremos los temas que fueron reinterpretados, es decir, aquellos aspectos que cobraron un nuevo significado a partir de los códigos dramáticos empleados por Ferrer del Río.

4.1 *La adaptación del marco histórico*

El primero de estos aspectos es el propio significado del reinado de Felipe V. En los escritos historiográficos contemporáneos a la novela, el duque de Ripperdá es un elemento más que confirmaba un reinado y una política exterior desnacionalizada. La inmensa mayoría de los historiadores de la primera mitad del XIX, si bien celebran la victoria de Felipe V ante su rival austríaco, coinciden en presentarnos el resto de su reinado como un período en el que los intereses extranjeros primaron por encima de los españoles. La tutela ejercida por Luis XIV dio paso a los intereses familiares de Isabel de Farnesio, quien encumbró al cardenal Alberoni hasta devenir primer ministro *de facto*. Semejante lectura es compartida por moderados, progresistas y reaccionarios, debido a la influencia de las *Memoirs of the kings of Spain of the House of Bourbon* (1813) de William Coxe y su posterior traducción por Andrés Muriel (1827). Por el contrario, Ferrer del Río considera que Ripperdá fue el hombre hábil que Austria y España requerían para llegar a un acuerdo de paz. Sus faltas se enumeran más bien como deslices disculpables, como haber aumentado excesivamente los impuestos. Curiosamente su caída en desgracia y arresto no es novelada, sino que se nos refiere indirectamente como un golpe de sus «contrarios» ante sus indiscreciones, sin querer indagar en las rivalidades internas del poder de la monarquía o en los motivos que le llevaron a pedir asilo en la embajada inglesa (Ferrer del Río, 1861: 12-13).

Las pretensiones españolas en la península italiana en el Setecientos tampoco merecen el aprecio generalizado de los autores de la época liberal, ya que son identificadas con el despilfarro de los caudales nacionales en unas posesiones ínfimas causado por los egoístas caprichos familiares de Isabel de Farnesio. En la novela, esta opinión se intenta corregir con la mención continua a las alegrías que las noticias de las victorias de los ejércitos españoles producen en los personajes. En el diálogo que los servidores de Ripperdá tienen al reencontrarse en Marsella, el paje Manrique narra su orgullo por haber participado

en las tropas del duque de Montemar que lucharon en la batalla de Bitonto de 1734 que aseguró la posesión española de Nápoles. Las campañas italianas se incorporan como un espacio en el que se demuestra el valor de la «bizarra tropa» española (Ferrer del Río, 1861: 214, 290-291).

De todos modos, la presencia española en África es el aspecto más revalorizado en esta mirada generalmente positiva de las campañas mediterráneas de Felipe V. La proyección hacia el norte de África se justifica como una manera de recuperar el protagonismo imperial perdido, argumento que podemos encontrar también en las interpretaciones contemporáneas de Cánovas y Lafuente. El personaje de Ripperdá no tiene dudas de que Marruecos «sería de los españoles ya hace mucho, si no hubieran tenido cierto emperador ilustre que los llevó de caballeros andantes por Europa». Las energías disipadas por Carlos V en la conservación de la Lombardía y de Flandes habrían bastado «para adquirir en perpetuidad el imperio de Fez y las Regencias Berberiscas». La exitosa toma de Orán de 1732 aparecía entonces como un antecedente que prefiguraba los éxitos de O'Donnell bajo Isabel II al pronunciar que «ahora, muy repuesta España de sus quebrantos y vicisitudes, se lanza de nuevo a las playas africanas» (Ferrer del Río, 1861: 152-153).

4.2 *De aventurero dieciochesco a héroe romántico*

La propia ejemplaridad de Ripperdá como aventurero dieciochesco es el segundo tema que recibe una importante resignificación, lo que nos lleva a contraponer su consolidada fama de advenedizo con la dimensión épica o trágica que intenta imprimirle Ferrer del Río. La traducción de Mañer precisamente había tenido como objeto limpiar el nombre de Ripperdá de las sospechas de renegado del catolicismo, intención que se hacía explícita en el prólogo dedicado al cardenal Gaspar de Molina y Oviedo con el que se abre su versión. El traductor español dispensaba varios elogios que ponían en valor el carácter piadoso, emprendedor, justo y valiente de Ripperdá ante las calumnias de Massuet. Incluso, la censura que aprobaba la primera edición de la edición castellana argumentaba que el libro podía servir de «estímulo a los inclinados a grandes proezas y gloriosas hazañas» (Mañer, 1740: s. n.). A pesar de esto, Ripperdá está lejos de aparecer como un modelo a seguir. Al contrario, su historia sería más bien una fábula cuya moraleja indicaba los peligros de dejarse arrastrar por las «feas pasiones» de la venganza, ingratitud, ambición y lujuria. Si podía sacarse alguna enseñanza de su arriesgado y confuso periplo vital era sobre los peligros de hacer caso omiso a las «aldabadas de la Providencia» (Mañer, 1796: 402, 441).

Ripperdá quedó identificado como uno de esos aventureros o caballeros de fortuna que prodigó la Europa del siglo XVIII, entre los que cabría mencionar a Giacomo Casanova, el caballero d'Eon, Jown Law o el conde de Cagliostro. Como personajes históricos, han sido convenientemente contextualizados en el marco de la movilidad interestamental de la cultura cortesana del Antiguo Régimen (Roth, 1980; Stroeve, 1997), pero lo cierto es que sus vidas han ejercido una fascinación continuada como materia de fabulación literaria.¹¹ Ejemplos conocidos de aventureros convertidos en un arquetipo a caballo entre lo literario y lo histórico los encontramos en *Las aventuras del Barón Münchhausen* (1785) de Rudolf Erich Raspe, ficcionalización de Hieronymus Karl Friedrich von Münchhausen (1720-1797); o *Barry Lyndon* (1844) de William M. Thackeray, cuyo protagonista está basado en el libertino Andrew Robinson Stoney (1747-1810). Aunque Ripperdá no mereciera la fama póstuma de los aquí citados, lo cierto es que lo encontramos biografiado en

¹¹ Fascinación sobre la que reflexionarían escritores como Stefan Zweig (2008: 42-49).

textos de talante más divulgativo o popular,¹² e incluso llegó a protagonizar otra novela anterior a la que aquí tratamos: *The Pastor's Fire-side* (1817) de la escocesa Jane Porter (1776-1850), amiga personal de Walter Scott (McCalman, 1999: 656).

La recurrencia de historias de aventureros en la Europa del Setecientos permite extraer varios rasgos comunes a este perfil. En primer lugar, su laxitud moral, inseparable de su travestismo social e ideológico (Wilding, 1937: 12-13). En este sentido, el aventurero sería el sucesor refinado del pícaro, ya que busca su supervivencia personal pero también coquetea con lo oculto o se abandona a los placeres. En segundo lugar, su permanente tránsito entre las cortes y países le hace un individuo cosmopolita, cuyo carácter polígloto lo acercan al terreno del espía y el traidor (Stroev, 1997: 20-21). Y en tercer lugar, el aventurero es también un impostor o un *trickster* que engaña tanto a los poderosos como a los crédulos, escalando posiciones de poder hasta su irremediable caída, sea por el peso de la ley o por una intervención *deus ex machina* del monarca (Calvo Maturana, 2015; Pajares Liberal, 2016).

Durante el primer tercio del XIX, el romanticismo se mostró favorable a los aventureros en su imaginario al ofrecer una base real para esbozar personajes misteriosos gobernados por sus emociones y que intentan escapar de un destino adverso (Sánchez García, 2018). El aventurero podía adaptarse al perfil de héroe byroniano, individualista, solitario y rebelde, que convivía con otro perfil de héroe de contornos más colectivos, vinculado a las luchas por la libertad propia de la época revolucionaria (Martínez Gallego, 2003).

Ciertamente, el Ripperdá literario es un héroe inconfundiblemente romántico que se enfrenta a un mundo que le es hostil de tal modo que su caída en desgracia como ministro se justifica rápidamente como un giro imprevisible de la fortuna. En su presidio de Segovia tiene «sueños de libertad y de amores, de viajes divertidos por feraces países» (Ferrer del Río, 1861: 24-25). El encarcelamiento se presenta como una injusticia absurda, al acusársele falsamente de haber despilfarrado recursos como embajador de Viena y de filtrar secretos de Estado. Su huida está marcada por el deseo de corregir un agravio, al que su «ambición mal adormecida» y «afán de hacer figura brillante» (Ferrer del Río, 1861: 76) le condujo a implicarse nuevamente en desgraciadas aventuras políticas, de manera que la fatalidad parece perseguirle. De las categorías propuestas por Rafael Argullol de héroe romántico, el protagonista dibujado por Ferrer del Río encaja en la del «nómada» a la búsqueda de sí mismo, que «en cada nueva etapa de su periplo reconoce la náusea de su primitiva situación y, por tanto, se ve impelido a perseguir mayores lejanías que, a la postre, no solamente son infructuosos espejismos, sino que le retornan, vencido y desasosegado, a su punto de partida» (Argullol, 2008: 443).

El motivo de la venganza aparece entonces como fuerza motriz a lo largo de la obra, otro elemento común a los dramas de la generación romántica. Ante las calumnias que le acusan de ser un espía y luego de haberse convertido al islam, Ripperdá se obsesiona en planificar una acción espectacular que restituya su honor perdido: «no aviniéndome a consumir ya más la existencia en la inacción y la apatía, aun les mando tarea larga, si han de referir y glosar mi futura historia» (Ferrer del Río, 1861: 175). El suicidio, tema recurrente en el Romanticismo, también hace su aparición: cuando el protagonista todavía se encuentra en Ámsterdam, tras el desengaño producido por la indiferencia de los monarcas españoles ante sus peticiones para fijar su residencia, Dupré se lo encuentra una noche apuntándose una pistola en la sien con lágrimas en los ojos. El buen humor del ayuda de

¹² Véanse los términos en que es tratado en libros como Moore, 1814: 143-251; Bulau, 1861: 213-263; Wraxall, 1863: 73-84.

cámara consigue subirle los ánimos (Ferrer del Río, 1861: 103-104). De todos modos, el contraste entre sus sueños de grandeza y su solitaria muerte en el confinamiento forzoso de Marruecos aparece como un final trágico que confirma esa brecha entre sociedad e individuo, entre deseo y realidad (Argullol, 2008: 350).

El trasfondo histórico real de Ripperdá ofrecía toda una serie de elementos para componer un personaje errante e incomprendido. Sin embargo, el proyecto estético e ideológico de Ferrer del Río no parece ir en la dirección del primer Romanticismo, caracterizado por el existencialismo de un Larra o el malditismo de Espronceda. Su propia preceptiva literaria se muestra recelosa ante los excesos de la imaginación, haciendo gala de un justo medio que simpatizaba con un talante más neoclásico.¹³ La aparición de una estética realista aparejada con el conservadurismo propio de los románticos posteriores a 1845 implicó un cierto enfriamiento de las ansias de libertad de los héroes ficcionales. A la altura de 1861, las atormentadas figuras del Macías de Larra o del Don Álvaro del duque de Rivas habían dado paso a visiones más resolutivas y optimistas que dejaban abierta la puerta a la redención como el *Don Juan Tenorio* (1844) de Zorrilla (Caldera, 2001: 225).

El principal reto que planteaba la figura de Ripperdá era cómo podía elevarse a héroe verosímil dentro de las convenciones estéticas del Romanticismo tardío, pero sin defraudar las expectativas ejemplarizantes que se esperaban de las ficciones de temas histórico-nacionales. La posible traición a la patria y la religión le hacían parecer antes un villano en la línea de antihéroes como el conde Don Julián o Félix de Montemar (Arnalte, 2009; Padín Portela, 2019). El punto de partida patriótico de la imaginación de Ferrer del Río no podía evitar sentirse incómodo ante la sugerencia de que un antiguo secretario de Estado de Felipe V hubiera sido un desleal advenedizo. Reconciliar esta figura con la promesa de éxito que representaban los Borbones hacía necesario seleccionar y dar un significado nuevo a las motivaciones del personaje a partir de la evidencia histórica disponible y los recursos de la ficción. Ferrer del Río optó por resituar a Ripperdá en un espacio simbólico a medio camino entre dos modelos de héroe: Don Quijote y Napoleón.

La presencia de elementos cervantinos fue un elemento persistente en la novela histórica española de autores como Espronceda o Navarro Villoslada, influencia que se ha localizado especialmente en las intrusiones e ironías de la voz narrativa (Baquero Escudero, 1986; Penas 1992, Mata Induráin, 1999). Sin embargo, Ferrer del Río explota sobre todo la dupla Ripperdá-Dupré como un trasunto de Quijote-Sancho Panza. Si el lector ya percibe el talante sanchopancesco de Dupré por su carácter práctico, la propensión a los refranes y su lealtad incondicional al protagonista, el narrador se encarga de hacernos explícitos los paralelismos:

Más de una vez y durante la travesía por tierra y mar tuvieron diálogos el duque y Antonio muy semejantes a los del ingenioso Hidalgo de la Mancha y su inseparable escudero, ya por las escabrosidades de Sierra Morena, ya camino de las justas de Zaragoza. Y a la verdad no dejaba de haber puntos de contacto entre estos personajes. Exaltado febrilmente Ripperdá por la ambición de llegar a mucho, como don Quijote por la de amparar a menesterosos, no desmayaba sin embargo de las contrariedades y vicisitudes, a la manera que el héroe de Cervantes seguía fuerte de ánimo a pesar de las moleduras y los asendereamientos. Antonio Dupré, tan creído como Sancho Panza en subir a potentado por galardón de sus servicios, aunque bastante menos ducho en gramática parda, le imitaba también a menudo en ser fiel expresión del buen sentido, para apartar a su amo de ir en pos de aventuras, de las

¹³ Véase su opinión sobre Alberto Lista o Larra (Ferrer del Río, 1846: 28, 220).

cuales siempre salía mal trecho por una razón o por otra; y se le parecía asimismo en dejarse de continuo arrastrar á los más peligrosos lances bajo la influencia fascinadora del que le trataba familiarmente, y le prometía hasta asombros (Ferrer del Río, 1861: 197-198).

El Ripperdá que aparece en *De patria en patria* es ante todo un personaje que desea emprender grandes iniciativas, pero a quien la realidad pone freno. Sus fracasos le sumen en un estado de ánimo bipolar, en el que pasa de la euforia a la depresión con facilidad. Tan pronto como se deja arrebatar por sus ínfulas de grandeza, sus arrojos de melancolía le conducen en cambio a desear un retiro eremítico de la «barahúnda cortesana». Esta tensión entre vocación política y deseo de recogimiento finalmente se resuelve en favor de la voluntad de poder: «si no muero pronto, aun he de ser más de lo que he sido hasta ahora, después de figurar primer ministro en España; y mi ambición se engríe más que nunca, y mi espíritu se extasia en mágicos ensueños» (Ferrer del Río, 1861: 131). El duque, como Don Quijote, no se da por vencido y elige perseguir sus sueños.

Tales sueños, sin embargo, resultan de vocación más realista que las del héroe de Cervantes, obsesionado con las novelas de caballerías. Ripperdá no persigue quimeras fantásticas, sino que sus ambiciones quieren cooperar con el despliegue del progreso. Su desempeño como intendente de la fábrica de paños de Guadalajara habría demostrado su valía «por su desvelo en la prosperidad de España, y por la esmerada solicitud con que trataba en los talleres a los que iban allí a aprender por disposición suya del colegio de niños desamparados» (Ferrer del Río, 1861: 8). Estos designios reformistas en pos de la abundancia cobran una inequívoca connotación imperialista durante su estancia en Londres:

Este es un país industrial y mercantil por esencia, presencia y potencia, y no se podría sustentar si le faltase el imperio casi absoluto de las aguas. Sin jactancia, yo puedo poner cátedra de navegación, de manufacturas y de comercio en la misma Londres. Aunque te hiciera explicaciones minuciosas, no comprenderías toda la trascendencia de mis planes sobre la América del Norte y la India; y así te diré solo que, una vez aceptados, estos isleños ganarán más de mil con lo que ahora se lucran en menos de uno (Ferrer del Río, 1861: 90-91).

Ahora bien, el punto de mayor desarrollo de este discurso colonialista se da a partir de la irrupción en la novela del barón Neuhoff. Su propuesta de liberar la isla de Córcega de la dominación genovesa implica la politización concreta de los designios imperialistas de Ripperdá. Las alusiones a Napoleón son directas, no solo porque la isla se mencione como la cuna del «César de la edad moderna» (Ferrer del Río, 1861: 214), sino porque la insurrección se plantea como una oportunidad de encabezar la liberación de un pueblo oprimido y de desplegar las reformas que han de traerle la prosperidad. A pesar de la antipatía que generaba en el primer liberalismo español, Napoleón estaba consolidado desde 1840 como el mito de un moderno Prometeo e icono romántico de la libertad por toda Europa (Castells y Roca Vernet, 2004; Bainbridge, 2005).

Neuhoff aparece como un creyente en que «no hay causa de más justicia y aun santidad que la de los pueblos oprimidos y ansiosos por sacudir el yugo de sus opresores inclementes» (Ferrer del Río, 1861: 206). El narrador asume esta postura favorable a la autodeterminación nacional, al hacer una digresión en la que la dominación genovesa de Córcega aparece como la causa de la ruina de un pueblo valiente. Los paralelismos con el relato liberal del pasado español resultan evidentes, desde el momento en que se resaltan

su celo por la independencia y la religión como virtudes, valores que compartirían con Polonia, otra nación católica injustamente troceada por los austríacos.

En una escena dialogada, Ripperdá explica su visión de futuro ante Neuhoff y el médico Buongiorno:

Si llego al muy alto honor de ocupar ese trono, vuestros compatriotas no serán mis vasallos, sino mis hijos; y bajo la autoridad más suave, yo haré que manen y les vivifiquen las copiosas fuentes de su riqueza, hoy estancadas por falta de estímulos para el cultivo de los campos y la fundación de talleres. A sus puertos afluirán buques mercantes de todas las naciones a trocar por oro los frutos de sus tierras y las producciones de su industria (Ferrer del Río, 1861: 217).

El programa del duque contempla incluso que «la enseñanza sea gratuita y obligatoria». En definitiva, se nos presenta como un gobernante ilustrado que asume la necesidad de una correcta representación de los hombres de mérito:

No serán de ningún modo regidos por mí como los austríacos por sus emperadores, sino como los ingleses por sus monarcas. Voz tendrán y voto para formar leyes e imponer tributos; y todos serán hábiles para llegar a las más encumbradas posiciones, sin preeminencias de estirpe o de fortuna, porque el mérito personal será el que regule las recompensas (Ferrer del Río, 1861: 217).

Sin embargo, tales planes libertadores y regeneradores no pierden de vista que el objetivo supremo es mejorar España. Además de que Córcega ha de servir como base estratégica para consolidar el poder de la sultana en Marruecos, Ripperdá promete servir desde allí a la propia regeneración de la monarquía española a través de prestar apoyo a las pretensiones italianas de los Borbones:

Desde mi trono de Córcega lo patentizaré a la faz de Europa, con favorecer la actual política de la corte de Madrid en Italia. Isabel de Farnesio le da el tono: siendo imprescriptibles sus derechos eventuales a las sucesiones de Parma, Placencia y Toscana, se esfuerza por beneficiarlos con creces para su augusta prole. Como si lo viera me figuro que, apenas afiance la corona de las dos Sicilias en las sienes del infante don Carlos, no reposará hasta ver la de hierro de Milán en las del infante don Felipe (...) Ya veis, por tanto, si desde nuestra isla podemos ser útiles a los españoles (Ferrer del Río, 1861: 219-220).

En definitiva, Ripperdá nunca habría abandonado el impulso reformista y benefactor que le llevó a ocupar la secretaría de Estado de España. A pesar de la revocación de su título de duque y Grande de España decretada por los reyes, el personaje imaginado por Ferrer del Río nunca se plantea conspirar contra la nación española ni mucho menos en intrigar contra sus monarcas:

por el contrario, hablaba con respeto profundo y con gratitud extremada de Felipe V y de Isabel de Farnesio; y se complacía en ensalzar a la nación española por el carácter y espíritu de sus hijos, por las varias excelencias de su territorio, y por los grandes elementos que encerraba para reponerse de sus quebrantos e infortunios (Ferrer del Río, 1861: 99).

En todo caso, sus imprecaciones se hacían en la intimidad «contra los que ocultaban la verdad al soberano, y opinión continuos obstáculos al desarrollo del buen gobierno con la perpetuación tiránica de los abusos, y la hostilidad sistemática a las reformas» (Ferrer del Río, 1861: 99). La sospecha de que fuera un posible espía o traidor se disipa al presentarlo como poseedor de una agenda reformista en que la España de los Borbones era la primera en beneficiarse. En suma, el duque de Ripperdá fue un hombre orgulloso de ser español, como lo evidenciaría su uso locuaz del castellano y el haberse esposado con una aristócrata nativa.

3.2 *De renegado converso a cristiano ilustrado*

Quedaba por último el problema de su posible conversión al islam. En la conclusión que cierra la novela, no duda en criticarse a Modesto Lafuente por haber dado pábulo en su *Historia general de España* a la versión de Massuet que retrataba a Ripperdá como un desertor converso, «patrañas todas y ya indignas de que les preste asenso ni de pasada el ínfimo vulgo» (Ferrer del Río, 1861: 323). El escritor madrileño sigue al pie de la letra la versión ofrecida por Mañer, según la cual el duque murió haciendo acto de contrición después de confesarse a un misionero católico. Además de las alusiones literarias a la condición de «cautivo de moros», preso del amor no correspondido de una sultana, Ferrer del Río opta por hacer del duque un criptocatólico, cuya primera conversión al calvinismo fue una mera fachada para abrirse paso en Holanda. De este modo, hacer de España su patria adoptiva le facilitó «volver a profesar públicamente la religión en que había nacido, y a la cual tributaba culto en secreto (...) como antes de declararse protestante por conveniencia» (Ferrer del Río, 1861: 6-7).

A lo largo de la novela se insiste en su carácter devoto, cada vez más acusado por el naufragio de sus ilusiones, en contra de la imagen difundida de un hombre ligero y frívolo en sus convicciones religiosas que habría acabado asumiendo una especie de sincretismo, idea que encontramos tanto en la biografía original francesa de Massuet como en su traducción inglesa. El contraste entre las comodidades disfrutadas en la corte española y la austeridad en la que se vio obligado a permanecer en Marruecos permiten que Ripperdá despliegue un monólogo sobre el valor de la resignación ante la fugacidad de las «pompas mundanas» (Ferrer del Río, 1861: 271-272).

Ahora bien, el catolicismo del protagonista imaginado por Ferrer del Río es de un tipo especial, de sensibilidad ilustrada y reformista. No encontramos tanto una defensa del providencialismo o de las virtudes piadosas, sino una apelación a la fuerza racional de la confesión católica. Según los propios razonamientos del duque, Mahoma consiguió imponer su religión al ser un «ambicioso» que optó por «lisonjear» a un pueblo sumido en la «barbarie». Por ello, la conversión al catolicismo debe hacerse «con saber y paciencia» ya que:

en viniendo a discutir imparcialmente sobre el Evangelio y el Corán, hasta sin argumentos de autoridad ni pruebas de fe, y solo con la razón humana, se exalta a Jesucristo y se pulveriza a Mahoma (Ferrer del Río, 1861: 155).

Así pues, el duque habría sido un hombre culto e ilustrado. Ferrer del Río recoge la afirmación de Mañer de que Ripperdá en su prisión de Segovia leía las obras de Santa Teresa de Jesús y María de Jesús de Ágreda (Mañer, 1796: 269; Ferrer del Río, 1861: 18). Además, el narrador de la novela decide en medio de la acción incluir una supuesta transcripción de las «anotaciones» del protagonista al *Teatro Crítico* de Benito Jerónimo

Feijoo, tomadas en su convalecencia en Tetuán. El ensayista gallego aparece elogiado como un modelo de luces, ideas rectas y sentimientos patrióticos, de tal manera que el libro «no parece escrito por un monje». Ripperdá asiente ante sus críticas al excesivo número de días festivos, el uso de la tortura en los procesos judiciales, el alto número de órdenes religiosas y hasta discute detalles de crítica historiográfica (Ferrer del Río, 1861: 243-246).

De todos modos, al protagonista de la novela se le adjudica una vocación evangelizadora que se vincula con el discurso imperialista hacia el norte de África. El dilema de los españoles ante Marruecos «se cifra tan solo en la conversión o en la conquista». En la conjunción de ambas alternativas se basa la incorporación de sus pobladores a las «naciones civilizadas»:

Aquí, amigo Antonio, se hallan en plena barbarie; y la raíz de mal tan hondo está en la religión del hipócrita y embaucador profeta, que deja a sus secuaces sin libre albedrío, y vincula en la superstición las virtudes, y mina la moral por su cimientamiento con las promesas de una vida futura de goces materiales. Donde imperan por dogma la fatalidad y el fanatismo, no son posibles los adelantos. Siempre la tiranía y la rebelión se encuentran aquí frente a frente, y así es que se alcanzan unas a otras las intestinas luchas (Ferrer del Río, 1861: 152).

El diagnóstico de la barbarie suena extremadamente familiar a la crítica ilustrada hacia los propios males de España. El hallazgo del fanatismo religioso como la causa que bloqueaba el progreso material y que perpetuaba un estado de guerra civil permanente en la otredad musulmana parece confirmar el análisis que situaba al fanatismo inquisitorial hispánico en el centro del debate en torno a la decadencia de la nación, un argumento que el autor de la novela había defendido en su obra sobre Carlos III al hablar de la «especie de fatalidad musulmana» en la que el Santo Oficio tenía sumida la sociedad española al terminar el reinado del último Habsburgo (Ferrer del Río, 1856: vol. I, 95).

En la coyuntura favorecida por la Guerra de 1859-1860, el islam es descrito como un freno a la modernidad que debe ser erradicado mediante la razón y el progreso material. Marruecos, por tanto, se convierte en un resto viviente del pasado, que ejemplifica una sociedad enferma por el oscurantismo religioso, el cainismo político, las pasiones sexuales y el subdesarrollo económico. Como se encuentra de manera notable en los textos de guerra de Alarcón, los males de Marruecos serían entonces los mismos de España, por lo que la regeneración de los españoles pasaba por una colonización interior antes que exterior (Martín-Márquez, 2008: 117).

El ir «peregrinando infatigable de patria en patria» (Ferrer del Río, 1861: 258) que da título a la novela podía leerse como una alusión al tránsito de España a Marruecos o a la incorporación de un extranjero como Ripperdá a la galería de héroes nacionales por su doble carácter de holandés y español. Como el propio personaje le dice a su Dupré-Sancho: «Todo el mundo es país, Antonio; y si en mi patria no fui profeta, ni tampoco en la de los españoles, acaso figure como tal en la de los ingleses» (Ferrer del Río, 1861: 90). La nacionalidad no importaría mientras se mantuviera irrenunciablemente la religión, que se presenta como la gran fuerza civilizadora. De todos modos, el cambio de confesión solo podía ir en la dirección del protestantismo al catolicismo, no al contrario:

de holandés se hizo español muy a su gusto; y si no se le torciera el viento de popa, se naturalizara en Inglaterra; y luego blasonara de francés o de moscovita, si se abriera paso en la ilustre corte de París o en la gran capital de Rusia; y aun se pasara

al moro, si no estuviera la santa religión de por medio, si pudiera satisfacer su afán de mando sin renegar de la fe de Cristo (Ferrer del Río, 1861: 258).

En definitiva, los ensueños imperialistas y evangelizadores de Ripperdá le permitieron superar la melancolía del destierro. Su perfil quijotesco sirvió como pretexto para imaginar un futuro de regeneración, antes que para ahondar en la frustración por el progreso interrumpido del siglo XVIII. A pesar de la inequívoca vocación colonialista de la novela, el recuerdo de la América española está notablemente ausente. Lo americano es referido apenas una vez como sinónimo de chabacanería y ridiculez.¹⁴

5. CONCLUSIONES

La ausencia de un interés sostenido hacia Marruecos por parte de Ferrer del Río y la familiaridad de los tropos literarios orientalistas refuerzan la sensación de que la ambientación africana fue un *cliché* oportunista para rentabilizar la euforia producida por la Guerra de África. El protagonismo de Ripperdá como un héroe romántico, oscilante entre la euforia visionaria y el arrepentimiento trágico, enlazaba sobre todo con el proyecto historiográfico general de Ferrer del Río de reivindicar el XVIII español como período nacional ejemplar. El ejercicio novelizador intentó corregir el malentendido forjado en torno a la identidad de este personaje, presentado como un traidor y renegado, al ser reemplazado por un aventurero de vocación regeneradora y piedad ilustrada. El trasfondo del reinado de Felipe V, poco explorado en el imaginario histórico de entonces, podía pintarse con los vívidos colores que proporcionaba el exotismo colonialista y la rebeldía mediterránea tras la campaña africana y el *Risorgimento* italiano.

De patria en patria implica una dependencia intertextual de la *Vida del duque de Ripperdá* de Mañer, un texto que ya de por sí entrañaba una relación compleja con su versión original francesa, algo que merecería un análisis propio. De la misma manera que Mañer tradujo libremente a Massuet, Ferrer del Río también realizó una traducción en tanto que tomó una *historia novelesca* para levantar una *novela histórica*. En este ejercicio de reescritura, seleccionó lo que le convino e inventó lo que le apeteció en función de los criterios morales que limitaban el propio vuelo estético de la imaginación romántica. El protagonismo que tomaba la Sultana Madre en su narración, aunque no dejase de ser un estereotipo, servía para hacer más comprensible el periplo de Ripperdá en el imaginario orientalista decimonónico. Todo parece indicar que se quiso recuperar un personaje excéntrico para hacerlo ejemplar ante las exigencias del moderantismo que no podía aceptar ambigüedades en materia de tolerancia religiosa en su proyecto colonialista. El modelo no podía ser el espíritu trágico de un Don Juan o Don Álvaro, sino algo a medio camino entre el espíritu barroco de Don Quijote y el entusiasmo romántico de Napoleón, entre el Barroco y el Romanticismo.

La novela no parece haber despertado grandes pasiones, ante la ausencia de comentarios críticos. Desde luego, debió resultar muy familiar el argumento del español cautivo en Marruecos. Las alusiones a Cervantes, las evocaciones eruditas y los homenajes a otras obras quizás resultaron demasiado obvios para la crítica literaria, más interesada en el potencial moralizador de los dramas de costumbres. La mala fama de Ripperdá como holandés renegado estaba posiblemente muy consolidada en las lecturas de la historia

¹⁴ El barón de Neuhoﬀ suscita el rechazo de los corsos, entre varias cosas, por su ridículo traje tocado por un «sombbrero de tres picos, de los desechados por los zacatecas o lacayos alquilones, que suelen ﬁgurar en los cortejos fúnebres de la Habana» (Ferrer del Río, 1861: 264).

nacional como para hacerlo popular. Por último, lo inverosímil de los hechos enunciados en las biografías de Massuet-Mañer apuntaba a una confusión indescifrable entre historia y ficción. Ferrer del Río parece darle la razón a Alessandro Manzoni cuando criticaba la novela histórica por no ser ni novela ni historia, al confundir al lector entre lo que es realidad y lo que es invención (Manzoni, 2011: 34-35).

La compleja personalidad histórica del duque de Ripperdá quizás requería una mayor profundización psicológica, que no podía limitarse a los «héroes medios» de la novela histórica a la Walter Scott. Ferrer del Río quiso explorar la posibilidad de convertirlo en un héroe byroniano, pero manteniendo el honor que le correspondía como servidor de la monarquía de los Borbones. La fidelidad a los hechos presentados por Mañer conducía a un final anticlimático, ya que el héroe muere arrepentido cuando la acción dramática ha terminado. La estética del romance histórico de aventuras y el talante conservador de Ferrer del Río implicaba moralizar una vida que, como diría un historiador africanista en un estudio sobre el holandés, «no da más de sí, ni se desprende de ella moraleja alguna» (Carranza, 1935: 192).

En *Mendizábal* (1898), segunda novela de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, Galdós narra una de las reuniones encabezadas por el presidente del Consejo de Ministros que da nombre a la obra. Tras quedarse solo en el palacio de madrugada después de dirimir los vitales asuntos de Hacienda, este se toma un descanso paseando por dentro del palacio. Galdós nos conduce por un pasadizo alumbrado por la tenue luz de los quinqués, flanqueado por varias pinturas. Los retratos Fernando VII y María Amelia dan paso a los «personajes de peluca» que habían ejercido el ministerio antes que Mendizábal: «Patiño, Ensenada; en un ángulo Ripperdá, con su risa ladina; en otro Macanaz, con su hermosa cabeza poblada de ricitos» (Pérez Galdós, 1898: 132). La «risa ladina» del holandés sigue allí, entre la galería de ministros ilustres, como un acertijo de las profundidades del Antiguo Régimen, casi indescifrable para una cultura histórica necesitada de héroes que permitieran reapropiarse del pasado. La fuga de Ripperdá era un episodio vergonzoso que dejaba al descubierto las miserias cortesanas, evocando una época demasiado barroca para ser ilustrada y una corte demasiado poblada de extranjeros para ser española. La vida de este aventurero holandés quedaría relegada al limbo de lo novelesco y el intento por convertirlo en un héroe de ficción, sepultado en el olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- ALABRÚS, Rosa María (2007), «Ripperdá: un ex austriacista dins del règim borbònic», *Miscel·lània Ernest Lluch i Martín*, Vilassar de Mar, Fundació Ernest Lluch, vol 2, pp. 287-306.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1845), *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la reina doña Isabel II: redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham*, Madrid, Imp. de la Sociedad Literaria y Tipográfica, vol. 5.
- ALMELA, Margarita (2006), «La novela histórica española durante el siglo XIX», en José Jurado Morales (coord.), *Reflexiones sobre la novela histórica*, Universidad de Cádiz-Fundación Fernando Quiñones, pp. 97-142.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2004), «Novela, historia y política en el cambio de siglo», en Joaquín Álvarez Barrientos, *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Cádiz, pp. 243-270.

- (2009), «Representaciones de la Ilustración ¿Cómo se vio, cómo la vieron, cómo la vemos?» en Jesús Astigarraga, María Victoria López-Cordón y José María Urkía Etxabe (coords.), *Ilustración, ilustraciones*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, vol. 1, pp. 101-128.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016), *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus.
- (2017), «Articular la nació. La María d'Ayguals de Izco i la nacionalització espanyola (1845-1850)», *Rubrica Contemporanea*, vol. 6, nº 11, pp. 25-43.
- ARCHILÉS, Ferran (2008), «La novela y la nación en la literatura española de la restauración (1877-c. 1898)», en Mónica Burguera y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), *Historias de España contemporánea: Cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, pp. 115-149.
- (2012), «Piel moruna, piel imperial. Imperialismo, nación y género en la España de la Restauración (c. 1880-c. 1909)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 42-2, pp. 37-54.
- ARGULLOL, Rafael (2008), *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del Romanticismo*, Barcelona, Acantilado.
- ARNALTE, Arturo (2009), *Tránsfugas, travestis y traidores: rebeldes ejemplares de la historia de España*, Madrid, Es Ediciones.
- BAASNER, Frank et al. (2007), *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX: diccionario bibliográfico*, Madrid, CSIC-Instituto de la Lengua Española.
- BAINBRIDGE, Simon (2005), «Napoleon and European Romanticism», en Michael Ferber (ed.), *A Companion to European Romanticism*, Oxford, Blackwell, pp. 450-466.
- BANN, Stephen (1995), *Romanticism and the rise of history*, New York, Twayne Publishers.
- BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa (1986), «Cervantes y la novela histórica romántica», *Anales Cervantinos*, vol. 24, pp. 179-192.
- BELANDO, Nicolás Jesús (1744), *Historia civil de España*, Madrid, Imp. de Manuel Fernández, vol. 4.
- BERGER, Stefan; ERIKSONAS, Linas; MYCOCK, Andrew (eds.) (2008), *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, New York-Oxford, Berghahn Books.
- BERGER, Stefan; LORENZ, Chris; MELMAN, Billie (eds.) (2012), *Popularizing National Pasts: 1800 to the Present*, New York-London, Routledge.
- BHABHA, Homi K. (2010), «Diseminación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna», en Homi K. Bhabha (comp.), *Nación y narración. Entre la ilusión de la identidad y las diferencias culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 385-421.
- BLACKSHAW, Christine L. (2009), «It is the East and Zulima is the Sin Shifting Representations of Muslim Spain in *Los amantes de Teruel*», *Decimonónica*, nº 6-1, pp. 1-18.
- BLANCO, Alda (2012), *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*, Valencia, PUV.
- BULAU, Frederic (1861), *Personages énigmatiques. Histories mystérieuses, evenements peu ou mal connus*, París, Poulet-Malassis, vol. 1.
- BURDIEL, Isabel y SERNA, Justo (1996), *Literatura e historia cultural, o, por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Episteme.
- BURDIEL, Isabel (2000), «La dama de blanco: notas sobre la biografía histórica», en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa, Madrid, pp. 17-48.
- CALDERA, Ermanno (2001), *El teatro español en la época romántica*, Madrid, Castalia.
- CALVO MATURANA, Antonio (2007), «Moratín y Godoy en la gestión liberal de la memoria histórica española (1820-1900)», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, nº 6, pp. 279-307.
- (2015), *Impostores. Sombras en la España de las Luces*, Madrid, Cátedra.
- CAMPO RASO, José del (1756), *Memorias políticas y militares: para servir de continuación a los comentarios del Marqués de S. Phelipe*, Madrid, Imp. de Xavier García, vol. 3.

- CANAL, Jordi (2015), «Presentación. El historiador y las novelas», *Ayer*, nº 97, pp. 13-23.
- CÁNOVAS del Castillo, Antonio (1860), *Apuntes para la Historia de Marruecos*, Madrid, Imprenta de la América.
- CARRANZA, Fernando de (1935), *Estudios históricos sobre las provincias de Yebala y el Rif*, Ceuta, Imprenta África.
- CASTELLANOS, Manuel (1898), *Historia de Marruecos*, Tánger, Imp. Hispano-Arábica de la Misión Católico-Española.
- CASTELLS, Irene y ROCA VERNET, Jordi (2004), «Napoleón y el mito del héroe romántico. su proyección en España (1815-1831)», *Hispania Nova*, nº 4. En línea.
- CHARLE, Christophe (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI.
- CONNERTON, Paul (1989), *How Societies Remember*, Cambridge University Press.
- McCALMAN, Ian (ed.) (1999) *An Oxford Companion to the Romantic Age*, Oxford University Press.
- DE GROOT, Jerome (2010), *The Historical Novel*, London-New York, Palgrave Macmillan.
- DORCA, Toni (2018), «La restauración del absolutismo (1814-1820) en la historiografía liberal decimonónica y en los Episodios nacionales de Benito Pérez Galdós», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 23, pp. 261-27.
- ESCOSURA, Patricio de la (1875), «Una novela histórica en embrión», *Revista de España*, nº XLVI, pp. 19-36
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia (2003), *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, Eunsa.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio (2011), *El pensamiento político de Jovellanos. Seis estudios*, Oviedo, In Itinere.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2008), «Historia, historiografía, historicidad. Conciencia histórica y cambio conceptual», en Manuel Suárez Cortina (coord.), *Europa del sur y América Latina: perspectivas historiográficas*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 35-64.
- FERRER DEL RÍO, Antonio (1846), *Galería de la literatura española*, Madrid, Mellado.
- (1856), *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, Imp. de Matute y Compagni.
- (1860), «Romance XIV» en Mariano Roca de Togores (ed.), *El romancero de la Guerra de África presentado a la Reina D^a Isabel II y al Rey ... por el Marqués de Molíns*, Madrid, Imp. de Rivadeneyra, pp. 218-229.
- (1861), *De patria en patria: novela histórica original*, París, Librería de Rosa y Bouret.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1976), *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica, (1830-1870)*, Madrid, Taurus.
- (1979), *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra.
- FISCHER HUBERT, Denise (1994), *El libro español en París a comienzos del siglo XX. Escritores y traductores*, tesis doctoral inédita, Universitat Rovira i Virgili.
- FLITTER, Derek (2006), *Spanish Romanticism and the Uses of History. Ideology and the Historical Imagination*, London, Legenda.
- GALLAGHER, Catherine (2006), «The rise of fictionality», en Franco Moretti (ed.), *The Novel. Vol. 1: History, Geography and Culture*, Princeton University Press, pp. 336-363.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (2007), *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy.
- GARCÍA GONZÁLEZ, José Enrique (2005), «Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX», *Cauce*, nº 28, pp. 109-118.
- GASPER, Julia (2012), *Theodore von Neuhoff, King of Corsica: the Man Behind the Legend*, Newark, University of Delaware Press.
- GIES, David. T. (2005), *The Theatre in Nineteenth-Century Spain*, Cambridge University Press
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (2002), *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos.

- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio y LORENTE RIVAS, Manuel (2004), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África: del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Barcelona, Anthropos.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel et al. (2017), *La historia en la literatura española del siglo XIX. VII Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX (Barcelona, 22-24 de octubre de 2014)*, Edicions de la Universitat de Barcelona.
- GREVER, María y ADRIAANSEN, Robbert-Jan (2017), «Historical Culture: A Concept Revisited», en Stefan Berger, Mario Carretero y María Grever (eds.), *Palgrave Handbook of Research in Historical Culture and Education*, New York-London, Palgrave Mcmillan, pp. 73-89.
- HAMNET, Brian (2015), *The Historical Novel in Nineteenth-Century Europe*, Oxford University Press.
- HARTOG, François (2007), *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México D.F., Universidad Iberoamericana.
- IAROCCHI, Michael (2006), *Properties of Modernity: Romantic Spain, Modern Europe, and the Legacies of Empire*, Nashville, Vanderbilt University Press.
- LA FUENTE, Vicente (1863), «Preliminares», en Benito Jerónimo Feijoo, *Obras escogidas*, Madrid, Imp. de Rivadeneyra, pp. v-LIX.
- LABANYI, Jo (2004), «Love, Politics and the Making of the Modern European Subject: Spanish Romanticism and the Arab World», *Hispanic Research Journal*, vol. 5, nº 3, pp. 229-243.
- LAFUENTE, Modesto (1857), *Historia general de España*, vol. XVII, Madrid, Est. Tipográfico de Mellado.
- LAPLANA, José Enrique (2012), «La Historia en el golpe en vago de José García de Villalta», en Ángeles Ezama et al. (coords.), *Aún aprendo: estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 133-141.
- LEERSEN, Joep (2010), «Novels and their readers, memories and their social frameworks», en Karin Tilmans, Frank van Vree y Jay Winter (eds.), *Performing the Past Memory, History, and Identity in Modern Europe*, Amsterdam University Press, pp. 235-256.
- LIMAT-LETELLIER, Nathalie (1998), «Historique du concept d'intertextualité», en Marie Miguet-Ollagnier y Nathalie Limat-Letellier (dir.), *L'intertextualité*, Besançon, Presses universitaires de Franche-Comté. En línea.
- LITVAK, Lily (1985), *El jardín de Alá. Temas del exotismo musulmán en España, 1880-1913*, Granada, Don Quijote.
- LUKÁCS, Georg (1966), *La novela histórica*, México D. F., Ediciones Era.
- MANZONI, Alessandro (2011), *Alegato contra la novela histórica*, La Uña Rota. Segovia.
- MAÑER, Salvador José (1740), *Vida del duque de Ripperdá*, Madrid, Imprenta del Reyno, vol. 1.
— (1796), *Historia del duque de Ripperdá*, Madrid, Imprenta de Josef López.
- MARÍN, Manuela (2007), «Amar a cristianos moras: Ecos de un tema cervantino en textos españoles sobre Marruecos (s. XIX-XX)», *Bulletin Hispanique*, tomo 109, nº 1, pp. 235-262.
- MARTÍN-MARQUEZ, Susan (2008), *Disorientations: Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*, New Haven-London, Yale University Press.
- MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc-Andreu (2003), «El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)», en Víctor Mínguez Cornelles y Manuel Chust Calero (coords.), *La construcción del héroe en España y México: (1789-1847)*, Valencia, PUV, pp. 253-279.
- MATA INDURÁIN, Carlos (1995), «Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)», en Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin (eds.), *La novela histórica. Teoría y comentarios*, Pamplona, Eunsa, pp. 145-198.
— (1999), «La influencia cervantina en la novela histórica romántica española. Nuevas aportaciones», en José Ramón Fernández de Cano (coord.), *Actas del VII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, pp. 369-79.

- MATERNA, Linda S. (1998), «Lo femenino peligroso y el orientalismo en Los amantes de Teruel, de Juan Eugenio Hartzenbusch», en Derek Flitter (coord.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 21-26 de agosto de 1995*, University of Birmingham, vol. 4, pp. 192-201.
- MAXWELL, Richard (2009), *The Historical Novel in Europe, 1650-1950*, Cambridge University Press.
- McCLINTOCK, Anne (1995), *Imperial Leather. Race, gender and sexuality in the colonial contest*, Londres, Routledge.
- MÍNGUEZ BLASCO, Raúl (2017), «La novela y el surgimiento del neocatolicismo en España. Una interpretación de género», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea*, nº 29, pp. 129-148.
- MOORE, George (1814), *Lives of Cardinal Alberoni, the Duke of Ripperda, and Marquis of Pombal*, London, Rodwell.
- MORETTI, Franco (1998), *Atlas of the European Novel 1800-1900*, London, Verso.
- PACHECO, Juan Antonio (1998), «El orientalismo como ingrediente del romanticismo europeo», Juan Antonio Pacheco y Carmelo Vera (eds.), *Romanticismo europeo: historia, poética e influencias*, Universidad de Sevilla, pp. 97-106
- PADÍN PORTELA, Bruno (2019), *La traición en la historia de España*, Madrid, Akal.
- PAJARES LIBERAL, Víctor (2016), «Deconstruyendo el ministerio de Ripperdá. Un *trickster* entre la razón de estado y el reformismo borbónico», en Máximo García Fernández (ed.), *Familia, Cultura Material y Formas de Poder en la España Moderna. III Encuentro de Jóvenes Investigadores*, Valladolid, Fundación Española de Historia Moderna, pp. 911-923.
- PAVEL, Thomas (2005), *Representar la existencia: el pensamiento de la novela*, Barcelona, Crítica.
- PEIRÓ, Ignacio (2017), *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal.
- PENAS, Ermitas (1992), «Discurso cervantino y novela histórica romántica», *Anales Cervantinos*, vol. 30, pp. 139-156.
- (1993), «Discurso dramático y novela histórica romántica», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, nº 69, pp. 167-193.
- PEÑA, María Antonia (2014), «Escritura y política en la España del siglo XIX», en María Cruz Romeo Mateo y María Sierra (coords.), *La España liberal 1833-1874*, Zaragoza, Marcial Pons-Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 163-188.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1898), *Mendizábal*, Madrid, Est. Tip de Tello.
- RANDOLPH, Donald Allen (1971), «Pervivencia de algunos temas del siglo XVIII en la literatura española», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, nº 47, pp. 321-333.
- RHORCHI, Fatima (2013), «Consorts of Moroccan Sultans: Lalla Khnata Bint Bakkar. A Woman with Three Kings», en Elena Woodacre (ed.), *Queenship in the Mediterranean: Negotiating the Role of the Queen in the Medieval and Early Modern Eras*, New York, Palgrave-Macmillan, pp. 229-247.
- RIGNEY, Ann (2001), *Imperfect Histories. The Elusive Past and the Legacy of Romantic Historicism*, Ithaca-London, Cornell University Press.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1994), *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- ROTH, Suzanne (1980), *Adventure et aventuriers au XVIII^e siècle*, Paris, Galilée.
- RUBIO CREMADES, Enrique, (1982) «Novela histórica y folletín», *Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante*, nº 1, pp. 269-281.
- SAID, Edward (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- (2003), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.

- SALGUES, Marie (2010), *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2008), *La historia imaginada: la Guerra de la Independencia en la literatura española*, Madrid, CSIC-Doce Calles.
- (2018), «El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX», *La Albolafia*, nº 13, pp. 45-66.
- SÁNCHEZ-MEJÍA, María Luisa (2013), «Barbarie y civilización en el discurso nacionalista de la guerra de África (1859-60)», *Revista de Estudios Políticos*, nº 162, pp. 39-67.
- SCHMIDT-NOWARA, Christopher (2008), *The Conquest of History: Spanish Colonialism and National Histories in the Nineteenth Century*, University of Pittsburgh.
- SEBOLD, Russell P. (2002), *La novela romántica en España. Entre libro de caballerías novela moderna*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- STROEV, Alexandre (1997), *Les aventuriers des Lumières*, París, PUF.
- SUAREZ CORTINA, Manuel (2006), *La sombra del pasado: novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- TORRECILLA, Jesús (1996), *La imitación colectiva. Modernidad vs. Autenticidad en la literatura española*, Madrid, Gredos.
- VALIS, NOEL (2010), *La cultura de la cursilería. Mal gusto, clase y kitsch en la España moderna*, Madrid, Libros Antonio Machado.
- VEEN, Sytze van der (2007), *Een Spaanse Groninger in Marokko. De levens van Johan Willem Ripperda (1682-1737)*, Ámsterdam, Uitgeverij Bert Bakker.
- VERGE-FRANCHESCI, Michel (2003), «Un aventurier international au XVIII^e siècle: Theodore von Neuhoff, baron westphalien et roi de Corse», en Daniel Tollet (comp.), *Guerres et paix en Europe centrale aux époques moderne et contemporaine: mélanges d'histoire des relations internationales offerts à Jean Bérenger*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, pp. 203-218.
- WHITE, Hayden (1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México D. F., FCE.
- WILDING, Peter (1937), *Adventurers in the Eighteenth Century*, London, Cresset Press.
- WRAXALL, Lascelles (1863), *Remarkable Adventurers and Unrevealed Mysteries*, London, Bentley.
- YEĞENOĞLU, Meyda (1998), *Colonial Fantasies: Towards a Feminist Reading of Orientalism*, Cambridge University Press.
- ZAVALA, Iris (1971), *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Salamanca, Anaya.
- ZWEIG, Stefan (2008), *Tres poetas de sus vidas. Casanova, Stendhal, Tólstoi*, Madrid, Austral.